LA SONÁMBULA.

ÓPERA SÉRIA EN TRES ACTOS, ESCRITA EN ITALIANO

POR

FELICE ROMANI; 1788-1865

Y PUESTA EN MÚSICA POR EL INMORTAL

BELLINI.

ARGUMENTO.

MÁLAGA.

CÍRCULO LITERARIO.

Imprenta de D. Ramon Franquelo,

calle de Casapalma, núm. 7.

1852.

LA SONÁMBULA.

La música las fieras domestica,
y en nuestro corazon, de las pasiones
los instintos salvages dulcifica.
CALDERON.

Entre las diversas concepciones musicales, que por su condicion y género han inmortalizado á Bellini, merece y debe contarse *La Sonámbula.* La figura de *Amina*, delineada por Romani con las mas delicadas tintas de la poesía, y perfeccionada luego por el célebre autor de la *Norma*, es una creacion mágica, seductora, que arrebata y encanta, no ya por su sencillez sublime, sinó por las galas de que se halla revestida. Espresados

con maestría y acierto esos rasgos que en un solo punto caracterizan una situacion y un personage: conducidas las escenas con ese tacto, con esa seguridad, con ese conocimiento profundo, que alejan la monotonía y la languidez, despertando en el ánimo del auditorio las mas deliciosas sensaciones, olvídase el corazon un momennto de sí mismo y se lanza tras plácidos ensueños á esa bella aldea de la Suiza, en que pasa la accion, y toma parte en los festejos de la boda de Elvino, ó en las sorpresas y sinsabores de la infeliz sonámbula.

Pero el sublime talento de Bellini no se satisfizo con los triunfos que en esta obra se aseguraba: quiso ser mas liberal, mas franco, mas generoso: quiso abrir ancha senda al artista para que á su amparo y bajo el encanto de sus divinas notas, pudiera ceñirse de laureles, enmedio del ruido fascinador de los aplausos públicos.

Así es que si en el aria de salida de Amina puede una prima donna lucir sus dotes y sus facultades artísticas, no menos campo halla para conquistarse nombre un cantante, encargado del papel de Elvino en el final del segundo acto, en que desplegó Bellini al viento del númen las

brillantes alas de su ingenio lírico, con un lujo y una fastuosidad admirables. Los coros son todos rivales en bellezas y armonías.

Hecho pues tan breve como incorrecto bosquejo de las escelencias músicas de esta partitura, pasemos á describir su argumento, que en la absoluta carencia de libreto, nos ha sido imposible formar con toda estension, si bien con exactitud, porque para ello nos hemos valido de los apuntes que una persona muy amable nos ha facilitado.

ARGUMENTO.

A principios del siglo XVIII, vivian en una aldea de la pintoresca Suiza dos jóvenes llamados Amina y Elvino, que se amaban muy tiernamente y que por su carácter franco, dulce y apacible, eran estimados por todos sus convecinos.

Dispuesta su boda y dado parte de ella á sus amigos y conocidos, se aprestan estos á celebrarla con bailes y cantares y otros regocijos, momentos en que empieza la accion de la ópera, siendo de notar el embebecimiento y aun hastío con que presencia esta fiesta la jóven Lisa, aldeana tambien y posadera del pueblo, que al juzgar de muchos, siente en su alma el aguijon de la envidia, por la preferencia que el gallardo Elvino ha dado en aquella solemne ocasion á la seductora Amina. Esta envidia se hace tanto mas de notar, cuanto que Lisa mantiene relaciones amorosas, aunque no muy á su gusto, con Alessio, mance-

bo, que se halla tambien en el alegre concurso.

Pero esta circunstancia no ės un obtáculo para que languidezca la zambra y el festejo, hasta que se presenta la hermosa prometida, acompañada de Teresa, su madre, que llegan tambien felices y placenteras, dando las gracias á sus amigos, por los plácemes que las prodigan y la distincion que las dispensan.

A los pocos momentos aparece igualmente el novio, seguido del notario del pueblo, y todos reunidos en festiva y amorosa compañía, fírmanse los contratos nupciales, Amina recibe la sortija de desposada, y su amante, mas venturoso que nunca, convida á los aldeados para la mañana siguiente en que debia verificarse la ceremonia.

Todo parecia pues sonreir á la felicidad de ese corazon que iba á obtener por fin el premio de sus mas caras aspiraciones: ni una nube siquiera apuntaba en su horizonte, de la que pudiera sospecharse el mas ligero disgusto; pero no en vano está reconocido, que lo mismo la felicidad que la desgracia, se hallan sabiamente compensadas en el curso de los acontecimientos humanos.

Cuando mas dados á sus ilusiones se encontraban los dos amantes y mas decidores los bulliciosos jó-

venes de la comitiva, percíbese el monótono y áspero ruido del paso de algunos caballos. ¿Qué novedad podia haber ocurrido? Tal era la pregunta que iba ya á circular en el concurso, cuando se presenta enmedio de él el conde Rodolfo, rico propietario de la comarca y señor feudal en cuyas venas ardia aun el fuego de las pasiones, que acababa de llegar á la aldea.

Estráñase de aquella reunion y pregunta la causa: pero si pronto le es esplicada, súbito nace en su pecho el deseo de ver á la encantadora Amina: conócela por fin, y con osada franqueza dirígela delante de todos galanteos tan enojosos é importunos, que el enamorado Elvino siente por vez primera bullir en su corazon el incómodo huésped de los celos.

Corria de algun tiempo en la aldea el sorprendente rumor de que al derramar la noche sus sombras tenebrosas sobre los montes y los prados, aparecia en las calles de aquel lugar tranquilo, un horrible fantasma que infundia el espanto en sus pacíficos habitantes. Teresa, ya cercana la hora de esta circunstancia, se prevale de ella, para dispersar la reunion y hacer que cese Rodolfo en su imprudente propósito de galanteos:

con efecto, apenas recuerda á los jóvenes la fatal aparicion, todos se aproximan al conde, que les escucha incrédulo los diversos y asombrosos lances, que en sus varias escursiones há provocado el fantasma; ninguno logra convencerle de la realidad de temores tan pueriles; pero obligado por sus ruegos, se retira á la posada de que Lisa es dueña, como antes queda referido.

El carácter del alégre castellano es, ni mas ni menos, como el de otros muchos que se prendan de la primer hembra que á su ojos aparece ¡ligereza y facilidad reprensibles, que suele ocasionar amargos sinsabores, y que si debe censurarse en la veleidosa juventud, con mayor acrimonia tal vez, en el hombre de respetuoso carácter y alta categoría social! sin embargo, Rodolfo olvida tan juicioso principio, y no bien entra en su habitacion la linda posadera, para despedirse de él y recibir sus órdenes, empieza á requerirla de amores y á halagarla con frases lisonjeras, á que ella responde con afabilidad y coquetería; pero óyese de pronto un ruido inesperado; suspéndense ambos; se oculta Lisa, por temor de ser sorprendida, en cuyo acto se le cae inadvertidamente el pañuelo en que no repara, y abriéndose pausada-

mente la ventana, ven aparecer en ella á Amina, á quien el conde se acerca y reconoce estático: repuesto no obstante á los pocos momentos, se convence de que la futura esposa, se halla en estado de sonambulismo. Con efecto, es la verdad, y asi penetra en la habitacion, dominada por la idea de que vá al templo á celebrar la nupcial ceremonia.

Un pensamiento surge en aquel punto en la imaginacion de la envidiosa Lisa: impulsada por el veneno de sus mal entendidos celos, corre precipitadamente á denunciar á todos sus amigos y aun al mismo Elvino el perjurio y la falsedad de su amada.

Frente á frente, pues, el impresionable Rodolfo de la muger que tan bella le parece; fascinado por la soledad, la hora, la ocasion y el silencio, se siente asaltado de una idea siniestra; pero la voz del honor llega en su socorro, y cediendo á los buenos instintos, sale rápidamente de la habitacion, dejando en ella á la sonámbula.

Ya en este tiempo ha circulado en el pueblo la noticia de la culpa de Amina, y numerosos aldeanos se encaminan á la posada, para convencerse del ponderado lance que se les ha referido.

Armados de precauciones, entran con efecto en la estancia, y al aproximarse al lecho, ven en él á la infeliz Amina; retroceden sorprendidos, y en este instante aparecen Lisa y Elvino, que incrédulo tambien y jadeante de emociones distintas, ora quiere marcharse para no presenciar su infortunio, ora llegar al fin, para apurar hasta la hez el cáliz de la amargura: decídese por último y se acerca: vé á Amina y lanza un grito de dolor: la jóven despierta y echa en derredor una mirada vaga, una de esas miradas inquisitivas y estrañas que revelan la mas profunda sorpresa: pregunta dónde se halla y para qué la han conducido á aquel sitio; pero el desventurado Elvino, que cree ver en sus palabras una miserable escusa, una invencion ridícula, para purificarse á sus ojos, la increpa desesperadamente, la insulta hasta la saciedad, y retirando su juramento y su palabra, para vengarse de ella, elige por esposa á la regocijada y satisfecha Lisa.

Las amigas y compañeras de la desafortunada Amina no se reducen á creer en ella el delito de que ha dado tan terribles como engañadoras apariencias: reúnense todas y conciertan buscar al conde, para que las esplique tan enojoso enigma,

salvando, si es posible, el honor y aun la vida de la jóven abandonada.

Rodolfo, con efecto, corre al encuentro de Elvino, y lo halla en el instante en que se dirige al templo con su nueva elegida: allí lo detiene y declara á la faz de todos con la mayor solemnidad, que Amina es inocente, añadiendo que su condicion de sonámbula la hizo entrar en su habitacion, y no otra causa ni pretesto alguno.

Nadie sabe entre los oyentes lo que es sonambulismo: unos se admiran, otros dudan, los mas se muestran incrédulos, y Elvino el primero piensa que las palabras del conde son un cuento inventado para salvar á su cómplice.

Llega ademas como comprobante de la calumnia de Lisa, la desolada Teresa, madre de Amina, mostrando en sus manos el pañuelo de aquella, encontrado en la habitacion del conde; pero tampoco logra convencerlos con sus protestas y sus lágrimas.

En esto aparece Amina, sonámbula, en los tejados de un molino – su misma casa – por los que se adelanta, con inmenso riesgo de caer en un horrible precipicio bajo sus pies abierto: espantados todos del gravísimo peligro que corre, no se

atreven á respirar siquiera, hasta que postrándose de hinojos, envian al cielo fervientes súplicas para que la salve del mal que amaga su existencia.

Amina, en tanto, aunque con pasos vacilantes, logra descender de la altura, en cuya ocasion, reconociendo el trémulo Elvino su inocencia, por tan repetidas pruebas á sus ojos, la despierta sobresaltado, abandona á Lisa, y ofreciéndola otra vez su mano en justo desagravio, se encaminan al templo á celebrar por fin la turbada ceremonia de su casamiento......

Así concluye la accion, sencillamente narrada, de la ópera cuyo libreto escribió el conocido autor Felice Romani, y puso en deliciosa música el célebre Bellini.

Como se vé en el curso de la fábula y hemos dicho al principio, la figura mas interesante de la obra es Amina, la pobre sonámbula, que sucumbiendo al impulso de ese poder que la dominaba y conducia á su despecho, mas fuerte que su albedrío, estaba espuesta á cada instante á riesgos y sinsabores infinitos.

Elvino es un personage cuya veleidad é inconsecuencia se hacen tanto mas notables, cuanto fácil se muestra á ceder á las primeras impresiones:

sin embargo, dos razones existen para que se olvide tan reprensible ligereza. Elvino, engañado en sus mas risueñas y halagadoras esperanzas, cae en la tentacion de vengarse de Amina, y los estrechos límites del spartito no permiten que esto se dilate; para conducir la accion á su natural desenlace, es preciso colocar este accidente en la marcha de los sucesos, aun faltando á la verdad, que en otro caso aconsejarian la índole de la peripecia y el conocimiento del corazon humano. Luego, el ilustre Bellini supo encubrir el defecto del fatigado Elvino con una riqueza tal de armonías y dulcísimas notas, que casi queda justificada su instantánea reaccion en favor de Lisa, y absuelto en gracia de las plácidas emociones que produce.

Hasta aquí nuestro juicio acerca de esta composicion lírica.

Réstanos añadir, que va á ser ecsornada en este teatro con todo el aparato que su argumento requiere, y la propiedad y el lujo convenientes.

El vestuario ha sido traido del Circo de Madrid, y aun en esta ciudad se ha completado con trajes nuevos hechos al intento: de modo es que puede asegurarse que nunca ópera alguna ha sido puesta con mayor esmero.

Los principales papeles estan repartidos en esta forma.

Amina.	*Sra. Vittadini.*
Lisa.	*Sra. Marco.*
Teresa.	*Sra. de Baillou.*
Elvino.	*Sr. Sínico.*
El Conde.	*Sr. Baillou.*
Alessio.	*Sr. Capilla.*

—

Maestro á la concha.	*Sr. Llorens.*
Director de orquesta.	*Sr. Cepeda.*

—

Málaga 15 de octubre de 1852.—R. F.



